

# Patrimonios

Fernando Martín Juez

Centro de Investigaciones y Estudios de Posgrado de la Facultad de Arquitectura de la UNAM

*RESUMEN: El patrimonio es una metáfora entrañable: una idea trasladada a un objeto, a una práctica, a un vínculo, a un modo de hacer, que decidimos convertir en medio y depositario de creencias estimadas. Solemos llamar patrimonio a la coexistencia complementaria de tres niveles de realidad que cohabitan en nuestra percepción y experiencia: como acervo, como identidad y como capital. Cada nivel puntualiza un deseo por las cosas; juntos construyen los usos del mundo y nuestras relaciones.*

*ABSTRACT: The patrimony is a cherished metaphor: An idea translated into an object, a practice, a bond, a way of doing something, it's something we decide to turn into a mean and a repository for beliefs we value. We often use the word patrimony to refer to the complementary coexistence of three levels of reality within our perception and experience: As a legacy, as an identity, and as an asset. Each level points to a desire for things; together they construct the manners of the world and our relationships.*

## EL PATRIMONIO: UNA METÁFORA ENTRAÑABLE

Los objetos que usamos, las cosas a las que damos nombre, las escalinatas o los puentes que cruzan nuestros pasos, nunca son los mismos; su historia de vida lleva la impronta de nuestra biografía, y con nosotros persiste la memoria del encuentro. Los objetos, como espejos de nuestras creencias, son un referente indispensable para ejercer el consenso y, gracias a él, comprender, el espacio y el tiempo que habitamos. Las cosas configuran escenografías imprescindibles para cultivar pautas y rituales distintivos o transcurrir sin sobresaltos en lo cotidiano. El objeto reconstruye al contexto y a los personajes, y los personajes reconstruyen un sentido para el objeto: es un bucle ordinario en el que el azar y el ruido, el ejercicio de la voluntad, el poder o la norma, van dando forma a las dinámicas del cambio y la conservación. Las cosas, los objetos, cualesquiera que éstos sean, son prótesis útiles y son también metáforas que nos permiten reconocernos como parte de alguna comunidad y de sus creencias compartidas [Martín, 2002].

Al utilizar las cosas, al nombrarlas, les atribuimos un sentido: en ocasiones éste es sutil como un murmullo o fuerte y repleto de emociones; algunas veces es personal, en otras colectivo. Los objetos son más que cosas útiles; son más que una plaza, un templo, un ideograma o una indumentaria que se usan. Las cosas se hacen solidarias con nuestra biografía, con nuestro buen o mal humor, con la esperanza y con la desdicha. Los objetos de todos los días y de los días especiales forman parte de un escenario donde cada cosa adquiere sentido cuando está en proximidad con la otra, y el conjunto provoca afecto o extrañeza, según sea nuestro inventario de creencias y verosimilitudes [Kopytoff, 1991].

Las cosas que vemos, los objetos que utilizamos, el escenario en conjunto, son, en suma, una geometría peculiar que se despliega en el tiempo, un espacio organizado por pautas singulares: es un *complexus*<sup>1</sup> de representaciones, tangibles e intangibles, bordadas con nuestros afectos. Este escenario y cada uno de los objetos que lo componen constituye un acervo de relatos, una agrupación de diseños que adquieren sentido de acuerdo con la lógica de nuestras percepciones y circunscrita por nuestros paradigmas. Esas cosas provechosas para nosotros y para quienes comparten tanto habilidades similares para comprenderlas como destrezas comunes para utilizarlas, pueden convertirse en patrimonio. Porque eso suele ser el patrimonio: un objeto tangible lleno de relatos intangibles que estimamos, desde una ciudad o un paisaje hasta un guisado o un tocado de plumas, porque confiamos en los usos que éstos facilitan y hacemos entrañables las ideas que nos evocan. Sin estima, sin aprecio, las cosas pueden sernos útiles y vincularnos con muchas ideas, pero no solemos considerarlas patrimonio.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> *Complexus*: Complejo, procede del latín y significa “que abarca” (“yo abarco, abrazo”). Es aquello que unido se ensambla junto, como en un tejido, trama y urdimbre.

<sup>2</sup> Por ello el objeto arqueológico o el tema histórico son tan complejos y tan delicada es su interpretación, o tan difícilmente comprendidos a cabalidad por quienes no son diletantes o especialistas. Los objetos arcaicos son, en su mayoría, objetos sin sujeto: diseñador y usuario ya no están aquí. El objeto en desuso ha perdido su carácter específico y no hay sujeto vivo al que se le atribuya; tampoco están las escenografía ni las coreografías originales; las creencias se han perdido o el tiempo las ha desgastado, mezclado o diluido entre otras. Objeto tangible y relato intangible suelen ser tan sólo re-presentaciones (a veces incapaces de conmovernos y siempre difíciles de distinguir entre un patrimonio emergente o un patrimonio con raigambre). Muchos propósitos para los que el objeto fue diseñado y las metáforas que le fueron asignadas por los usuarios originales pasan desapercibidos para nuestro sistema de habilidades y destrezas; suelen prestarse a interpretaciones y usos distintos a lo prescrito en la función y el sentido originales. Sin embargo, lo que sí puede haber es un nuevo contexto de significación apropiado a otras creencias y verosímiles —los

El patrimonio es una *metáfora*<sup>3</sup> entrañable: una idea trasladada a un objeto, a una práctica, a un vínculo, a un modo de hacer, que decidimos convertir en medio y en depositario de creencias estimadas. Una obra arquitectónica, cualquier producción artística, un utensilio o una indumentaria, una parcela para la producción o la conservación *in situ* de alguna especie biológica, las tradiciones, los usos y costumbres, los temas de conmemoración y celebración, una escalinata o un templo, así como la gastronomía, poesía, música, representaciones y manifestaciones tradicionales, la lengua, los signos, símbolos, ritos, mitos, dichos, leyendas, la religiosidad popular, los deportes, los valores asignados a los recursos disponibles que se utilizan para la vida económica, etcétera, pueden todos ser patrimonio, ya que más allá de su utilidad directa y ordinaria, son soportes de afecto y vehículos de eventos extraordinarios. Son algo que, hablando de sí, nos habla también por otras cosas que consideramos especiales.

Una fábula puede describir nuestras aspiraciones, cierta vestimenta puede resolver nuestro deseo de distinción o una imagen puede expresar nuestro vínculo con lo divino; sin embargo, ni narración, ropa o imagen poseen más atributo que facilitar esos afectos; por sí misma ninguna de ellas es capaz de provocarnos emoción, elegancia o éxtasis; en el mejor de los casos, como cosas útiles que son, nos proporcionarán entretenimiento, abrigo o cierta información. Sólo hasta que hacemos de las cosas portadoras ciertas creencias, ellas expresan algo más de lo que propiamente son. No es la cosa, sino la

---

nuestros—, en el que las metáforas e incluso algunas funciones readaptadas para el uso y el sentido sirvan de recreación y estímulo a la imaginación. Una plaza, un templo, una ornamentación, un vestido o una imagen, un utensilio de trabajo, un ritual o una narración, pueden conmovernos por contener elementos que son familiares, que permiten la interpretación analógica de su utilidad, pero también la evocación de alguna metáfora creíble. Podemos evocar metáforas creíbles cuando éstas son parte de una tradición que pervive y comprendemos, o cuando a pesar del sincretismo y la sobreposición podemos reconocerlas o logramos reconstruirlas entre vestigios y testimonios diversos; sin embargo, siempre lo haremos integrándolas a nuestra propia mentalidad y a nuestros contextos. A pesar de nuestra curiosidad, entusiasmo, apertura y disciplina, la interpretación (con la que nos apropiamos del objeto y el sujeto re-creados), cae inevitablemente dentro de una media ponderada por un sistema de certidumbres: el propio.

<sup>3</sup> Metáfora procede del latín *metaphōra*; tomada del griego *metaphorá*, propiamente “traslado, transporte”, derivado de *metaphérō* “yo transporto” (*phérō* “yo llevo” y *meta* “más allá”). Consiste en vincular a cierto objeto, acción o relación, con ideas e imágenes cuyo significado, de acuerdo con la tradición, designa objetos, acciones o relaciones diferentes, pero que guarda un parecido o cierto paralelismo, según las experiencias que se tenga de ellos o de sus partes o manifestaciones [v. Corominas, 1973].

metáfora adherida a ella la que nos conmueve. Una imagen o un templo, una prenda o el vestuario, una narración o un mito, son buenos para usar porque son buenos para pensar; inclusive son buenos para convertirse en algo estimado como herencia o acervo, como sustento de identidad, como un bien o un capital: todos ellos son valores diferentes que asignamos a lo que llamamos patrimonio y que, ya lo veremos, no son lo mismo aunque cohabiten en nuestra percepción como asuntos entrañables.

## PATRIMONIOS DIVERSOS

¿Cómo nos hicimos de esas cosas estimadas, las cuales consideramos un elemento de identidad, un acervo valioso o un bien? Repasemos una historia conocida, un rasgo en el género *Homo*: su capacidad para adaptarse a ecosistemas diversos y adaptarlos en su provecho, aunado a cualidades singulares de su especie, le permitió avanzar a través de la superficie del planeta clasificando, al compilarlos, toda clase de ideas y objetos que le parecieron útiles o interesantes. Por su curiosidad de mamífero aprendió a coleccionar y atesorar la memoria en objetos, actividades y metáforas más allá de su cuerpo.<sup>4</sup>

En su andar, antes de fundar ciudades y diseñar confines, el género al que pertenecemos tuvo que atravesar entornos extraños ejerciendo destrezas y habilidades inusuales; allí confrontó hábitos, recuerdos, paradigmas y algunos cuantos objetos que formaban ya su patrimonio, con nuevos materiales y recursos probables, con los hallazgos que, según consideró, ofrecerían continuidad a su existencia y a sus satisfacciones. El colectivo, con su memoria compartida, y cada sujeto en él, con las singularidades de sus propias interpretaciones, pudo equiparar lo que conocía con lo nuevo, reconocer lo que parecía similar y lo que era diferente, comparar la colección de ideas y cosas que portaba con el inventario de cosas nuevas que encontraba. Una buena parte de lo reciente era readaptado al molde de percepciones y usos conocidos; así, se re-diseñaron, sobre la base del mismo proyecto (aunque a veces con otros materiales) objetos y recursos consabidos; pero en otros casos (los menos, aunque notables) se desarrollaron innovaciones.

<sup>4</sup> Tenemos referencias de prácticas muy antiguas en la creación de colecciones. En un yacimiento en Singi Talat, Rajastan (India) con una antigüedad de entre 150 mil a 200 mil años, “[...] fueron encontrados seis cristales de una roca que no existe en la región y que, por tanto, se importaron como para constituir una pequeña colección [...]” [Clottes, 1999:63].

Poco a poco surgieron variantes de lo mismo y algunas novedades, aprendimos a distinguir formas, composiciones y efectos; así creció el acervo de ideas sobre la naturaleza y nuestras relaciones, sobre el uso y beneficio de las cosas; en la memoria de la comunidad fue construyéndose una cosmogonía, un grupo de narraciones, un conjunto de vínculos, a través de metáforas entre las cosas y las actividades que se ajustaban mejor a la forma de vida y al ecosistema. Los miembros del género nos fuimos convirtiendo en extraordinarios taxónomos y expertos compiladores, en hábiles creadores de propósitos y obstinados constructores de ellos.

Durante mucho tiempo el patrimonio fue constituido en su mayoría de ideas: creencias sin necesidad de manifestación objetual (más allá de su presentación en el acto de convertirse en remedio, comida, habitación, objeto útil, medio de producción, relato, etcétera). Muchas eran las ideas y conocimientos que como *patrimonio-acervo* (saber, conocimiento) se conservaban exclusivamente en la memoria y en los preceptos cotidianos de la comunidad; los objetos eran sólo los suficientes para ejercer un uso consciente de su carácter práctico, de su eficiencia para retribuir un deseo. Viajábamos ligeros: podríamos representar ese largísimo periodo

[...] como una era de las balsas, sobre las que pequeños grupos de hombres son arrastrados por la corriente a través de enormes espacios temporales [...] [Sloterdijk, 1994:21].

Así fuimos conservando, recreando muy lentamente, según nos parecía, las cosas del mundo y nuestras relaciones con ellas; un par de millones de años de hominización y algunas decenas de miles de años de humanización dan cuenta de esta diversa y riquísima acumulación de los patrimonios de las comunidades (de los balseros) a través de mucha memoria y muy pocas cosas.

Con el tiempo, lo que llevábamos adentro se hizo más y lo pusimos afuera: en más y más objetos, ornamentos, rituales y señales que nos recordarían prácticas y creencias, usos y costumbres. A ello colaboraron mejoras y mayores facilidades en la producción y los asentamientos permanentes en localidades. Así, tal vez sin querer, congelando el tiempo por medio de las cosas, dejamos de ser trashumantes: grande era ya la carga y muchos eran los apegos como para dejarlos atrás. Sólo la memoria fiel de las creencias podía entonces garantizar la presencia viva de las cosas.

El acervo de distinciones entre las cosas y nuestras relaciones, aquellos modos de comprender el mundo y conservar lo que garantizaba la pervivencia

o nos provocaba atención, asombro y placer, encontraron muchas vías tangibles para manifestarse. Además de la oralidad y la acción directa sobre los objetos, de los gestos e ideas compartidas, de la celebración de rituales o de la preparación de platillos y medicamentos, las cosas en la mente (es decir, en la memoria de las comunidades), comenzaron a representarse en multitud de nuevos diseños, escenarios y coreografías, que fueron reseñadas en íconos e ideogramas capaces de trascender el diálogo entre generaciones contemporáneas. El consenso de la comunidad se sobrepuso a las cosas —de acuerdo con el sistema de creencias compartidas— para convertirse en metáforas, alegorías y narraciones peculiares. Esto permitió a los objetos y los rituales cumplir la doble misión de ser tanto útiles como de conservadores de la memoria colectiva (que supusimos inalterable), de los vínculos y los eventos especiales, de las percepciones e ideas importantes relacionadas con los hechos cotidianos y los extraordinarios. Así creció el patrimonio como forma de identidad.

Si el *patrimonio-acervo* nos dice qué es algo o qué hacer, el *patrimonio-identidad* nos dice qué es eso para nosotros y qué hacemos nosotros con ello. Cargados con esas metáforas, los objetos y nuestras formas de relacionarnos serían garantía de continuidad, modelos que sancionarían formas de trascendencia del vínculo entre nuestra gente, las cosas y la naturaleza. A la capacidad de persistencia de la memoria colectiva, cualquiera que fuera su empeño, se le sumó un repertorio extraordinario de sucedáneos tangibles, de re-presentaciones entrañables.<sup>5</sup>

No obstante, aunque nos empeñamos tenazmente en conservar, establecer y definir, ocurre lo previsible: con el tiempo se nos suele extraviar el signi-

<sup>5</sup> Hay que señalar al respecto que ciertamente la conservación de las cosas y el apego a ciertos fetiches han sido distintos para cada comunidad y particularmente diferentes de lo que son hoy entre nosotros. Entre algunos, hoy y antes, el olvido y el desapego ocupan una posición tan digna y privilegiada como el afecto y el recuerdo, los cuales nosotros hemos convertido en obsesión y padecimiento. Basta como ejemplo la pregunta recurrente de por qué o cómo fueron desatendidas ciertas tradiciones, edificaciones u obras de arte. La interrogante, entre nosotros, suele estar sesgada por un prejuicio que se plantea la dificultad de aceptar que un bien o una obra calificada como admirable (por nosotros) fuera así nada más abandonada; que se renunciara “de la noche a la mañana” a su persistencia como objeto o idea, en apariencia tan funcionales y valiosos. Para los usuarios originales, probablemente, aquéllo perdió importancia práctica y sus sentidos; dejó de ser útil y sus metáforas pudieron ser desplazadas a otros objetos o relaciones. Para aquéllos que se esforzaron tanto por crear, embellecer y conservar tal lugar u objeto, no costó demasiado trabajo, en un acto de omisión voluntario, abandonar lo que dejó de serles bueno para usar, pensar y estimar.

ficado dado a las cosas. La metáfora, el sentido que estaba antes ahí representado, se desdibuja en la dinámica incierta que suele tomar la vida; cambian las opiniones y nuestras creencias y destrezas se convierten en sincretismo, accidentes, novedades, imposiciones, reformas, sobreponen metáforas, y muchas otras se confunden entre el ruido. Pero los objetos permanecen ahí: se quedaron en ruinas o en el desván para ser reinterpretados y tal vez confundidos, o para ser revalorados y alimentar nuevos propósitos, o tal vez para oficio de la historia y dignidad del pasado, o incluso para darle validez a la construcción de credibilidad a través de discursos de factura y manipulación política y religiosa. El patrimonio-identidad se convirtió gradualmente en un recurso más de la política.

Con la construcción de los Estados-nación en los milenios más recientes, y especialmente en los últimos siglos, las cosas cambiaron mucho más, mejor dicho, las cosas se multiplicaron mucho más abarrotando el mundo de usos y sentidos por triplicado. Una extraordinaria variedad de lo mismo, cargada de metáforas, a veces muy contradictorias y otras tantas oscuras, llenó los paisajes de las poblaciones. Ocurrió también que objetos similares en apariencia, equivalentes en sus propósitos y algunas de sus metáforas, tomaron entonces dos caminos muy diferentes: algunos fueron sobrestimados como mercancías muy valiosas (en ocasiones por el trabajo invertido en su creación, aunque generalmente a efecto de especular con ellas), otros siguieron la vía de lo ordinario al considerarse artísticamente inferiores o poco rentables a la luz de los dictados del comercio. Así surgió la forma de *patrimonio-capital* que se otorga al objeto, uso o costumbre que se hace entrañable por los beneficios (económicos y políticos) de su posesión o usufructo; en tal caso, las cosas y sus metáforas, lo tangible e intangible, adquieren significados adicionales como fuente de riquezas y de distinción personales.

## EL PATRIMONIO-ACERVO

Hoy, lo que llamamos patrimonio (más aún, lo que la intuición y los sentimientos nos dicen que es patrimonio) habla de la coexistencia complementaria de varios niveles de realidad que cohabitan en la percepción de las cosas que estimamos.<sup>6</sup>

<sup>6</sup> En la complejidad y la transdisciplina (que guían el desarrollo de este texto) y en las formas de *episteme* que nos invitan ellas a practicar, atendemos a los diversos niveles de realidad con los que percibimos el mundo, desde las discordantes creencias de las comunidades a las que

En un nivel de realidad las cosas son un saber estimado, consciente —un saber que sabe que sabe, autoreferente [Morin, 1988]— un conocimiento que compila y clasifica, colecciona y distingue a efecto de conocer una mejor manera de hacer las cosas para aprehenderlas (concebir las sin hacer juicios sobre ellas o sin afirmarlas ni negarlas) y asombrarse con lo diverso reconociendo mejores opciones. Éste es el *patrimonio-acervo*, en el que cosas (quienquiera que las creara o descubriera, o dondequiera que se encuentren) se reconocen como herencia de lo humano y permiten evolucionar al individuo —biológica y culturalmente— más allá de la comunidad o de la agrupación social a la que pertenece. Son un legado cuyo reconocimiento nos deja descubrir la riqueza de metáforas adheridas a las cosas, el sinnúmero de usos y sentidos que los objetos y el mundo pueden adquirir. Hablando por ellas, las cosas nos hablan de otras cosas y relaciones, de conexiones que otros han descubierto o imaginado, de estructuras abiertas y sistemas dinámicos en los que es posible elaborar nuevos vínculos, hipótesis y respuestas. Cuando tal patrimonio se utiliza como recurso político para la manipulación (por el Estado, una institución, un grupo académico, religioso, etcétera), se compartimenta y sesga, se empobrece y hace incomprensible para quien lo recibe como imposición y no ve en él más que información sin conexión con su vida.

## EL PATRIMONIO-IDENTIDAD

En otro nivel de realidad (que comparte temas y distinciones con otros patrimonios), está el *patrimonio-identidad*. En él, las cosas son el soporte de metáforas que representan creencias entrañables con las que nos reconocemos como miembros de algunas comunidades. Por comunidades me refiero a cualquiera de las muchas a las que pertenecemos cada uno: las que puntualiza una lengua, una religión, un grupo profesional, un territorio, una familia, una militancia, una práctica deportiva, una empresa, etcétera (cada uno de nosotros es la suma de los *personajes*, y pertenecemos a comunidades diversas). Un conjunto de creencias y prácticas define a cada una, y en cada una actua-

---

pertenecemos, desde las metodologías y modelos de las muchas disciplinas que concurren, y desde las percepciones singulares de los individuos —que se manifiestan a través de los distintos estados de conciencia que nos ocupan temporalmente—. Esto nos permite comprender la coexistencia y complementariedad de paradigmas, reconocer cómo subsisten y dialogan los opuestos, lo que parece contrario y excluyente, aquello que emerge de la complejidad de procesos que cohabitan.

mos, aprendemos y opinamos diferente, sea en un nivel sutil o notable. Convergen coherencias e incoherencias, y muchas veces se contraponen los intereses (de la inconciencia de ello o la pérdida de control emerge el bárbaro al que somos propensos, pero también, de su manejo creativo surge ese *Homo demens* capaz de innovar y aportar ideas atractivas).

El patrimonio como forma de identidad nos permite conocer los usos de las cosas y las costumbres, el sistema compartido de creencias que modelan lo cotidiano y califican lo extraordinario en cada comunidad [Martín, 2003].

El patrimonio, así considerado, prescribe las formas de vida y aspiraciones que solamente *nosotros* podemos conservar y transformar. El patrimonio, aquí, es una metáfora que está *entre nosotros*: en la experiencia y la memoria colectivas; es decir, aunque se asigne a un objeto o habite en la mente de un sujeto, no es ahí donde actúa su sentido como patrimonio: las cosas son útiles, tienen un propósito y se convierten en metáforas cuando circulan *entre nosotros* y entre nosotros se viven y ejercen. El patrimonio, como forma de identidad, es el consenso de un colectivo que se comporta como un *campo de vinculación* [cfr. Martín, 2002:125-128]. En estos campos de los consensos colectivos, el objeto o el sujeto pueden ser las fuentes, pero el campo propiamente dicho, lo podemos representar como una geometría peculiar (con sus vértices, superficies y límites) que se despliega durante un tiempo, un espacio (un escenario y coreografía característicos) organizado por pautas singulares en el que las conductas surgen en los encuentros y resonancias de los consensos que recrean los miembros de la comunidad. Ahí se pone en circulación la metáfora, y en esas conductas reside su valoración (desigual y a veces en contrasentido como sus miembros e interrelaciones). Un ejemplo: yo puedo pensar que una fiesta (patronal, de familia o conmemorativa de un personaje), o que una construcción (iglesia, plaza o campo deportivo), que una montaña, una planta, un pensamiento mismo, un objeto cualquiera, es representativo y apreciado por alguna comunidad a la que pertenezco; así, puedo expresarlo y estar dispuesto a participar en el ritual y en su reconocimiento; no obstante, si no hay otros miembros de la comunidad que hagan lo propio, el sentido de la fiesta, la ceremonia, el valor asignado a la construcción, el paisaje o la idea, no se realizan. Sin el colectivo reunido de alguna manera, la identidad no encuentra resonancia; no están quienes pueden ser impelidos a ejercer el tema de afecto y reconocimiento. El patrimonio-identidad sin los nosotros es una quimera.

Una variante del patrimonio como forma de identidad es nuestro propio repertorio de objetos personales y rituales privados entrañables, de esas cosas que conservamos o añoramos porque nos recuerdan quiénes fuimos, somos o deseamos ser. La nostalgia y la esperanza a través de ellos nos hacen sentir singulares (individuos), nos hace sabernos con algo más, y que estamos vinculados a través del tiempo y la distancia; la nostalgia y la esperanza nos permiten conferir al calendario y a la agenda de nuestra vida fechas y señales especiales e íntimas. A diferencia del colectivo, para el que el coloquio es necesario, en este caso el soliloquio es suficiente.

En el patrimonio-identidad, cuando los objetos y los rituales que representan las ideas entrañables son amenazados, hay al menos dos opciones: en una, las metáforas suelen ser trasladadas a otros objetos y coreografías que disimulan el sentido (corriendo el riesgo de hacerse oscuras o desvanecerse con el tiempo); en la segunda, rituales y objetos concretos permanecen como una forma de resistencia que encara cualquier incomprensión e intolerancia; aquí el sentido original puede transformarse poco a poco bajo las influencias —si se trata de una resistencia que es incluyente y comprende la pertinencia de las aportaciones— o puede trascender si resiste lo suficiente hasta que desaparezcan las amenazas.

El patrimonio-identidad suele tener también dos manifestaciones extremas: una, cuando los usos y costumbres, las representaciones tangibles y las ideas han sufrido tantas transformaciones que se ha borrado el sentido original y tanto la práctica como la creencia se convierten en una caricatura; la otra manifestación se da cuando los usos y costumbres se convierten en trinchera (no defensiva) y el etnocentrismo, el egocentrismo o las muchas maneras de la xenofobia, separan radicalmente al *nosotros* de los que consideramos *los otros*, los distintos. Entonces actuamos por miedo o por ignorancia, con prepotencia y abuso, sometiendo y humillando el *patrimonio-identidad* de *los otros*.

Una última y delicada consideración: todo patrimonio es legítimo en tanto una comunidad —o un individuo— lo consideren así. La sensibilidad a la belleza y los sentimientos humanos [Whitehead, 1965:15] califican su calidad y validez ética. ¿Cuántas veces encontramos usos y costumbres, objetos e ideas apreciadas por individuos y comunidades que representan opresión e intolerancia, abuso y dolor para lo humano y la naturaleza? ¿Cuántas veces más tendremos que oponerlos con ejemplos de tolerancia y sensibilidad, de resistencia y de lucha?

## EL PATRIMONIO-CAPITAL

Es importante tener presente el carácter especial del patrimonio-capital para diferenciarlo de los otros bienes llamados también patrimonios, que solamente aseguran por su posesión un recurso económico cuando haga falta. Éstos se obtienen y conservan como formas de reserva, de ahorro, de producción, de mantenimiento; son herramientas, utensilios, propiedades y artículos diversos adquiridos como retribución de un intercambio equitativo. Ellos conforman un inventario enorme de objetos que solemos aprovechar y apreciar, conservar y proteger; todas éstas son cosas que, llegado el caso, sustituimos por otras equivalentes o las cambiamos por algo que nos parece más necesario. Su diferencia respecto de los patrimonios a los que me he referido en este texto es que éstos se convierten en cosas imprescindibles (así pensamos), insustituibles, necesarias para ser quienes somos; son cosas con las que establecemos vínculos temporales y significativos que las hacen parecer extraordinarias y que en el caso del patrimonio-capital son, además, vehículos para la especulación como mercancías y prebendas del poder.

La capacidad de mutación tanto de las cosas como de las relaciones en ordinarias o extraordinarias, en entrañables o sin importancia, es cómplice del patrimonio y de ciertas vicisitudes. Como lo mencioné anteriormente, los artefactos y rituales que parecen similares tomaron distintos caminos con el aumento del intercambio comercial, el potencial productivo y la acumulación de la riqueza privada. Es interesante observar que la mayoría de las cosas y de las prácticas que se elaboran de manera preciosa, ardua, cuidadosa, a las cuales asignamos una alta estima en el intercambio, en su función —en propósitos utilitarios— no son muy diferentes de otras similares, consideradas artísticamente inferiores, de sencilla ejecución o poco rentables a la luz de los dictados comerciales; tampoco son muy diferentes las metáforas que sostienen. Si sus analogías no explican la predilección por unas u otras (partiendo, por supuesto, de que todas tengan calidad), las hace distintas esa otra metáfora peculiar que les adicionamos (con toda su carga de referentes) para hacerlas vías de la diferencia entre quienes las poseen y quienes no.

Al principio sólo unos cuantos se mostraron interesados en atesorar las cosas como patrimonio-capital, aunque no eran muchas. El peculio no establecía una distinción notable entre los miembros del grupo (en extremo interdependientes); la distinción, para algunos, provenía de cierta ascendencia en la comunidad y el manejo (no necesariamente el control) de los patrimonios

acervo e identidad. La mayoría de las cosas, tarde o temprano, se redistribuyen o se hacen colectivas, haciéndose así accesibles para todos, o bien las poseen algunos que, sin ostentación grosera para los miembros del grupo, las usan como atavíos o parafernalia de eventos comunitarios y como distinciones adquiridas por consenso. En una etapa posterior (y me refiero a una secuencia en la que conviven etapas) surgieron las condiciones sociales para convertir la riqueza acumulada en capital de inversión, destinado no sólo a la producción de nuevas y múltiples variantes de las cosas, sino interesado especialmente en la apropiación de algunas otras de ellas calificadas como extraordinarias. Con el tiempo, el acopio, la propiedad o control de dichas cosas se convirtió en un comercio muy rentable de obras de arte, colecciones, bienes muebles, tierras y edificaciones, administración de conmemoraciones y rituales, que permitían al dueño distinguirse por encima de los demás para controlar la producción, el comercio, y los criterios respecto a la valoración de las cosas, la naturaleza y los hombres.

Sin embargo, los bienes comenzaron a fluctuar cada vez más rápido (entre extraordinarios u ordinarios) según los dictados de los especuladores ávidos de obtener ganancias rápidas, tanto económicas como políticas. Desde hace tiempo es impredecible hacer el cálculo real de cuánto valen realmente las cosas y qué tiempo conservarán ese valor e importancia o por cuánto y por qué serán intercambiadas o sustituidas, cuándo será necesario retirarlas de la circulación como mercancías o cuándo dejarán de tener efecto como instrumentos de manipulación social.

Dada la velocidad con la que mudan de mérito las cosas y nos sentimos atraídos por nuevas ofertas, los patrimonios-capitales difícilmente pueden seguir fincándose como capital que, además de distinguir a su propietario, garanticen el poder y control en el largo plazo. El patrimonio-capital deja de ser lo primero para convertirse, solamente, en capital financiero para la especulación, pero ahora a través de objetos y relaciones virtuales. Los bienes tangibles no necesariamente representan mejor fianza que la posesión de bienes virtuales en la bolsa y en el mercado de dinero. A salto de mata el capital financiero se desplaza por el mundo sin mayor deseo por la apropiación permanente de propiedades, y menos aún por los rasgos de distinción que pudieran evocar. Estas propiedades, que ellos mismos se encargarán de evaluar según la conveniencia financiera, en el mediano plazo les representan un riesgo y un ancla, que les resulta inconveniente por ser transnacionales. Los patrimonios acervo y los de identidad colectiva —por su importancia estratégica como un saber, o por su arraigo como forma de pervivencia de la

comunidad— aunque siempre fueron susceptibles de convertirse en mercancías, son hoy el nuevo negocio.

Sin embargo, hoy también estos patrimonios mudan rápidamente de importancia y rentabilidad por la exigencia de propuestas novedosas para el consumo, por la necesidad de conocimientos especializados que ofrezcan mayores ventajas en la competencia o porque se agotan como fórmulas de manipulación. Los ámbitos del conocimiento y las tradiciones, reconvertidos en temas atractivos para la especulación, son presionados a no perder sus características como patrimonios acervo o identidad, aunque permiten suplantar sus propósitos y metáforas por usos y sentidos más rentables para el ejercicio financiero y político (lo cual resulta ser una inquietante paradoja). Finalmente, se ha logrado restar importancia a los conocimientos como acervo, así como desgastar los usos y costumbres patrimoniales.

### ¿QUÉ SIGUE?

Por ahora, lo que llamamos patrimonio, sea éste acervo, identidad o capital (y sus variantes), con sus metáforas peculiares y dinámicas de intercambios de sentidos, con sus perspectivas distintas para valorar lo que apreciamos (reconociendo su mérito y poniéndole precios), así como sus diferentes etapas de coevolución, coexisten en nuestras mentes como niveles de realidad complementarios: cada uno permitiendo al otro realizarse. Tal vez por ello es difícil diseñar un programa, una política que nos indique claramente qué es el patrimonio y qué hacer con él.

Hay un camino simple y uno complejo para reconocer y determinar qué es, qué no es, y qué hacer hoy con el patrimonio.<sup>7</sup> El primero, el camino fácil, que muestra predilección por lo tangible, eleva a la categoría de patrimonio todo aquel bien que alguna historia oficial o compromiso político define como sustento necesario para mantener la credibilidad de su discurso y la continuidad de sus consensos. En este camino se califica como un bien lo que está en vías de extinción —cuando los síntomas de la posible defunción están muy avanzados y las recomendaciones de los especialistas son ya exigencias—pero también todo aquello que le parece *folklórico* (a pesar de las deformaciones y contrasentidos que existan respecto de otras tradiciones y patrimonios).

<sup>7</sup> Utilizo a continuación algunas ideas expresadas en el artículo “Una nueva visión del patrimonio cultural” [Martín, 2001].

El primer camino, que se reduce a reglas de pensamiento simple [*cfr.* Morin, 1996] para determinar en qué momento un bien debe ser valorado como patrimonio —cuándo es aceptable invertir en su reproducción, conservación o hasta restauración de ser necesario, o bien si éste ha de ser protegido y divulgado—, suele excluir muchos temas en torno al patrimonio en cuestión, y suele terminar disgustando a las comunidades encargadas; estas últimas, cansadas de sostener entre pinzas la producción o la conservación, delegan a la veleidad de alguna institución la responsabilidad final de su destino. De tal manera que el patrimonio termina siendo un asunto burocrático o, en el mejor de los casos, un bien abandonado a la suerte de un grupo de diletantes. El patrimonio, sin el afecto, comprensión y ejercicio de las creencias que lo sostienen, deja de ser entrañable, circula como una mercancía cuya fetichización se desdibuja a fuerza de no decirnos ya nada.

El segundo camino atiende a la construcción de las creencias —aceptando las dinámicas y la temporalidad de éstas, y sin perder de vista la tolerancia y la inclusión—, y se ejerce a través del trabajo transdisciplinario y el pensamiento complejo [Morin, 2001]. Es un camino para conceder dignidad a las cosas de la naturaleza y a las creaciones de las comunidades, sin perder de vista la perspicacia necesaria para modificar el camino, los paradigmas y la moral que lo sostienen. Su dificultad reside en descubrir y valorar las múltiples variables que definen los componentes tangibles e intangibles de un bien. Su gracia reside en la riqueza que se deriva de la colección de opiniones de las comunidades, en la comprensión de las sutiles conexiones entre objetos e ideas, en el esfuerzo por conciliar deseos y necesidades diversas, en el uso de tecnologías para el rescate y la divulgación que no contrapongan intereses diferentes pero, sobre todo, en su práctica democrática e incluyente, preocupada por involucrar cada vez más a la comunidad a la que concierne la creencia y disposición hacia el patrimonio en cuestión, permitiendo a los individuos y las comunidades ser los agentes morales de la gestión, no ya a los Estados (propensos al paternalismo), ni a los capitales financieros (propensos a la especulación), ni a los individuos sin escrúpulos que están lejos de dar dignidad a lo que manipulan como un discurso útil (y fugaz) o un negocio rentable (que resulta provechoso para muy pocos).

El patrimonio —como un conjunto de creencias y pautas de predilección por ideas y formas de vida que se atribuyen (temporalmente) a un objeto y a una relación—, es más que el objeto y su utilidad, más que un buen propósito o un escenario de propaganda, algo más que motivo de jactancia y veneración

por lo extinto. Generalmente el patrimonio es la vía de reflexión sobre nosotros y lo diverso (es conocimiento e historia), el contexto donde se pueden ejercer habilidades y destrezas entrañables que estimulan la creatividad; es, en fin, una forma de vida (ética) que se confronta con otras elecciones que puede aspirar a rescatar lo mejor de todas.

## BIBLIOGRAFÍA

### **Arsuaga, Juan Luis e Ignacio Martínez**

1998 *La especie elegida*, Madrid, Ediciones Temas de hoy.

### **Boff, Leonardo**

2001 *Ética planetaria desde el Gran Sur*, Madrid, Trotta.

### **Clottes, Jan**

1999 "La conquista del imaginario", en Simonnet, Dominique (comp.), *La historia más bella del hombre*, Santiago, Andrés Bello.

### **Corominas, Joan**

1973 *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos.

### **Kopytoff, Igor**

1991 "La biografía cultural de las cosas: La mercantilización como proceso", en Appadurai, Arjun (ed.), *La vida social de las cosas: Perspectiva cultural de las mercancías*, México, Grijalbo, colección Los Noventa, núm. 79.

### **Kuper, Adam**

1996 *El primate elegido*, Barcelona, Drakontos Crítica (Grijalbo Mondadori).

### **Martín, Fernando**

2001 "Una nueva visión del patrimonio cultural" (con el apoyo de la Dra. Mayán Cervantes), *Revista Ciencia*, Academia Mexicana de Ciencias, marzo-junio.

2002 *Contribuciones para una antropología del diseño*, Barcelona, Gedisa.

2003 "Ordinario y extraordinario", en *Arte ¿? Diseño*, Barcelona, Gustavo Gili.

### **Mithen, Steven**

1998 *Arqueología de la mente*, Barcelona, Crítica (Grijalbo Mondadori).

### **Morin, Edgar**

1988 *El método*, t. 3, *El conocimiento del conocimiento*, Madrid, Cátedra.

1992 *El método*, t. 4, *Las ideas*, Madrid, Cátedra.

1996 *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, Gedisa.

2001 *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, México, Correo de la UNESCO, colección Educación y cultura para el nuevo milenio.

2002 *L'identité humaine*, París, Éditions du seuil.

### **Simonnet, Dominique (comp.)**

1999 *La más bella historia del mundo*, Santiago, Andrés Bello.

**Sloterdijk, Peter**

1994 *En el mismo barco*, Madrid, Siruela.

**Vallois, H. et al.**

1969 *Los procesos de hominización*, México, Grijalbo, colección 70, núm. 52.

**Whitehead, Arnold**

1965 *Los fines de la educación*, Buenos Aires, Paidós.